

obstinada, casas, calles y plazas, todo quedó sumido en la más profunda obscuridad.

En ese instante, y junto a la basílica en construcción, un hombre embozado en una capa surgió como una sombra, y, deslizándose cautelosamente y con lentitud por entre las piedras que yacían en torno de los cimientos del nuevo templo, se adelantó hasta la fuente que ocupaba el centro de la plaza en el mismo sitio que hoy se alza el obelisco de que ya hemos hablado; al llegar allí, se detuvo, doblemente oculto por la obscuridad de la noche y por la sombra del monumento, y, después de cerciorarse de que estaba completamente solo, desenvainó la espada, con la punta de la cual golpeó tres veces el empedrado de la plaza, haciendo saltar chispas de él a cada golpe. Aquella señal, pues no era otra cosa, no fué dada en vano: la lámpara que lucía aún en el Vaticano se apagó, y en el mismo instante cayó un objeto, arrojado desde la ventana, a pocos pasos de distancia del hombre de la capa, el cual, guiado por el sonido metálico que produjo aquel objeto al chocar contra las piedras, no tardó en echarle mano a pesar de las tinieblas, desapareciendo en seguida.

El desconocido caminó sin volver la cara hasta la mitad de Borgo Vecchio; allí giró hacia la derecha y tomó por una calle en cuya extremidad había una Madonna con su lámpara a cuya luz se dispuso a examinar lo que había recogido del suelo; era un escudo romano, pero estaba hueco, y en su interior encerraba una carta, que el hombre a quien estaba dirigida comenzó a leer, a riesgo de ser reconocido; tanta era su prisa por saber lo que contenía.

Decimos a riesgo de ser reconocido, porque, en su apresuramiento, la capucha de su capa le había caído hacia atrás, y como su cabeza estaba bañada por el círculo luminoso proyectado por la lámpara, no era difícil distinguir a favor de aquella claridad un hermoso joven de veinticinco a veintiséis años, vestido con un jubón violeta, abierto en los hombros y en los codos, que dejaba ver la camisa; su cabeza estaba cubierta por una gorra adornada con una pluma que le caía hasta el hombro. Verdad es que no se detuvo mucho tiempo, porque, apenas terminó de leer el billete que acababa de recibir de tan misteriosa y extraña manera, lo guardó nuevamente dentro de la moneda de plata, y embozándose perfectamente en su capa,

volvió a emprender su camino con paso rápido, atravesó el Borgo Santo Spirito y tomó por la calle de la Longara, por la cual siguió hasta más arriba de la iglesia de Regina Coeli. Cuando estuvo allí, dió tres rápidos aldabonazos en la puerta de una casa de hermosa apariencia que se abrió en seguida; luego, subiendo airoosamente la escalera, entró en una cámara en donde era esperado con tan visible impaciencia por dos mujeres que, al verle, exclamaron las dos a un mismo tiempo:

—Y bien, Juan, ¿qué noticias nos traes?

—Excelentes—respondió el joven, besando a la una y estrechando la mano de la otra:—nuestro padre ha ganado hoy tres votos; pero todavía le faltan seis para tener mayoría.

—¿Y no es posible comprarlos?—exclamó la mujer de más edad, mientras que la otra interrogaba con la mirada.

—Creo que sí, madre mía—respondió el joven,—y eso es, precisamente, lo que mi padre ha pensado. Cede al cardenal Orsini su palacio de Roma juntamente con las posesiones de Monticello y de Soriano; al cardenal Colonna su abadía de Subiaco; al de Sant'Angelo el palacio episcopal de Porto; al cardenal de Parma el pueblo de Nepi; al cardenal de Génova la iglesia de Santa María in Vía Lata, y, finalmente, al cardenal Savelli la iglesia de Santa María la Mayor y el pueblo de Civita-Castellana. En cuanto al cardenal Ascanio Sforza, ya sabe que hemos enviado anteayer a su casa cuatro mulas cargadas de plata y vajilla, y bajo esta garantía ha prometido dar cinco mil ducados al cardenal patriarca de Venecia.

—Pero, ¿cómo lo haremos para que los demás sepan las intenciones de Rodrigo?—preguntó la mujer de más edad.

—Todo ha sido previsto por mi padre, y nos abre un medio fácil; no ignoráis, madre, la ceremonia que está en uso para llevar la comida a los cardenales.

—Sí; es llevada en un gran cesto, en unas parihuelas, con las armas del purpurado al cual va destinada.

—El obispo registrador de los cestos ha sido sobornado por mi padre; mañana, que no es día de vigilia, se enviará un pollo, como asado, a cada uno de los cardenales Orsini, Colonna, Savelli, de Sant'Angelo, de Parma y de Génova, y cada pollo contendrá una donación, en debida

forma, hecha por mí en nombre de mi padre, de las casas, palacios o iglesias que les están destinados.

—¡Magnífico!—exclamó la mujer de más edad;—ahora, estoy segura de ello, todo irá bien.

—Y, por la gracia de Dios—respondió la joven con una sonrisa extrañamente burlona,—nuestro padre será papa.

—¡Ah! ese día será el más dichoso para nosotros—exclamó Juan.

—Y para la cristiandad—agregó la joven con expresión todavía más irónica.

—¡Lucrecia—dijo la madre,—tú no mereces la felicidad que nos llega!

—¡Qué importa, si de todas maneras nos viene! Por lo demás, madre, ya conocéis el proverbio: «Dios bendice las familias numerosas», y con mayor motivo la nuestra, que tanta semejanza tiene con la de los patriarcas.

Y al mismo tiempo dirigió a su hermano una mirada tan voluptuosa, que el joven se ruborizó; pero, como por el momento tenía más en qué pensar que en sus amores incestuosos, ordenó que fuesen despertados cuatro criados, y, mientras que éstos se armaban para acompañarle, redactó y firmó las seis donaciones que al día siguiente debían enviarse a los cardenales; porque, como no quería que nadie le viese en casa de ellos, se disponía a aprovechar la noche para entregarlas por sí mismo a las diferentes personas de confianza que debían hacerlas llegar a manos de los interesados a la hora de la comida, conforme estaba convenido. Luego, cuando las donaciones estuvieron en buen orden y listos los sirvientes, Juan salió con ellos, dejando a las dos mujeres, que se entregaron a las más risueñas esperanzas sobre su futura grandeza.

En cuanto empezó a clarear el día, el pueblo, tan ardiente y tan solícito como la víspera, se precipitó de nuevo hacia la plaza del Vaticano, en donde, al sonar las diez de la mañana, el humo volvió a salir para anunciar que ningún cardenal había obtenido mayoría, lo que despertó entre la multitud las mismas expresiones de entusiasmo y de contrariedad que el día anterior. Sin embargo, comenzaba a circular el rumor de que las probabilidades estaban divididas entre tres candidatos, esto es: Rodrigo Borgia, Julián de la Rovère y Ascanio Sforza; porque e.

pueblo ignoraba todavía el presente de las cuatro mulas cargadas de vajilla y de plata que había sido hecho a este último, y que, mediante su parte, había cedido a su competidor los votos de que disponía.

En medio de la agitación que este desengaño había producido entre la multitud, se oyeron cánticos religiosos: era una procesión que el cardenal camarlengo había dispuesto para obtener del Cielo la pronta elección de un papa, la cual, saliendo de la iglesia de Araceli, en el Capitolio, debía hacer estaciones delante de las vírgenes principales y en las basílicas más frecuentadas. Tan pronto como se vió el crucifijo de plata que la precedía, el orden fué restablecido y todos cayeron de rodillas guardando el más profundo silencio, de suerte que el más supremo recogimiento sucedió al tumulto y al bullicio que, a cada nueva aparición del humo, se oía pocos minutos antes. Así, pues, muchos pensaron que la procesión, al mismo tiempo que el religioso, tenía un fin político, y que su influencia debía ser tan grande en la tierra como en el Cielo. De todos modos, si éste había sido el propósito del cardenal camarlengo, no se engañó, pues el efecto que produjo coronó sus deseos; pasada la procesión, las risas y las bromas continuaron; pero los gritos y las amenazas habían cesado completamente.

Así transcurrió el resto del día, porque, en aquella época, no se trabajaba en Roma: se era cardenal o lacayo, y cada uno vivía sin que se supiera cómo. La multitud iba, pues, engrosando a cada instante, cuando hacia las dos de la tarde, otra procesión, que tenía el privilegio de provocar tanto ruido como silencio recomendaba la otra, cruzó a su vez por la plaza de San Pedro: era la procesión de la comida. El pueblo la acogió con sus habituales carcajadas, pues no era posible que sospechase que con aquella procesión, más eficaz que la primera, acababa de pasar el nuevo papa.

Al igual que la víspera, la hora del *Ave María* sonó, pero, como el día anterior, la espera de tantas horas fué inútil, pues cuando dieron las ocho y media el humo diario reapareció en lo alto de la chimenea. Mas como habían circulado rumores venidos del interior del Vaticano y por los cuales se anunciaba que, según toda probabilidad, la elección se efectuaría el día siguiente, aquel buen pueblo

se armó de paciencia. Además, había sido tan caluroso aquel día y el pueblo estaba tan abrumado de cansancio y tan quemado por el sol, él, que vive siempre en la sombra y sin hacer nada, que ya ni siquiera tenía fuerzas para gritar.

El día siguiente, el 11 de agosto de 1492, amaneció tormentoso; sin embargo, no fué obstáculo para que la multitud llenara plazas, calles, puertas, casas y basílicas. Después de todo, aquella disposición del tiempo era una verdadera bendición del Cielo, porque, aun cuando hiciera calor, cuando menos se verían libres del sol.

Próximamente a las nueve, sobre el Trastevere se cernía una terrible tormenta; pero, ¿qué importaba a aquella muchedumbre la lluvia, los relámpagos y los rayos? Tenía otra preocupación; esperaba la elección de su papa. Le había sido prometido para ese día, y era fácil ver, en las disposiciones de cada uno, que, si pasaban las veinticuatro horas sin elección, era casi seguro que estallaría un motín: así, pues, conforme iba acercándose la hora, la agitación aumentaba. Sonaron las nueve, las nueve y media, las diez menos cuarto, sin que nada viniera a confirmar o a destruir las esperanzas; finalmente, la primera campanada de las diez se dejó oír; y, mientras las miradas se dirigían hacia la chimenea, el reloj fué dando las campanadas lentamente, cada una de las cuales repercutía en el corazón de los allí congregados. Cuando sonó la última campanada, que se desvaneció retumbando en el espacio, un grito inmenso, salido al mismo tiempo de cien mil pechos, sucedió a aquel silencio: *Non v'è fumo!* ¡No hay humo!... Es decir: Tenemos papa.

Eran tales los transportes de alegría y entusiasmo de la muchedumbre en aquel momento, que nadie hizo caso de la lluvia que empezó a caer.

Finalmente, de la pared que tapiaba el balcón, objeto de las miradas de todo el pueblo, se desprendió una piedrecita; su caída fué acogida con inmensa aclamación; poco a poco, la abertura se agrandó y en pocos minutos fué lo suficientemente ancha para permitir a un hombre asomarse al balcón.

Iba a hacerlo el cardenal Ascanio Sforza, pero la lluvia y los relámpagos lo asustaron haciéndole retroceder; inmediatamente la multitud prorrumpió en gritos, im-

precaciones y aullidos, amenazando con demoler el Vaticano y con ir a buscar él mismo a su papa. Ante aquella algarabía, el cardenal Sforza, más atemorizado por la tormenta popular que por la celeste, se asomó al balcón, y entre dos truenos, en un momento de silencio que no se explicaban los que habían oído los rumores que le habían precedido, hizo la proclamación siguiente:

—Debo anunciaros una gran alegría: el eminentísimo y reverendísimo señor Rodrigo Lenzuolo Borgia, arzobispo de Valencia, cardenal diácono de San Nicolás in Carcere, vicescanciller de la Iglesia, ha sido elegido papa, habiendo adoptado el nombre de Alejandro VI.

La nueva de este nombramiento fué acogida con extraña alegría. Verdad es que Rodrigo Borgia gozaba fama de hombre disoluto, pero el libertinaje había subido al trono con Sixto IV y con Inocencio VIII; de modo que para los romanos ninguna novedad había en la singular posición de un papa que tenía una querida y cinco hijos. Lo esencial era que el poder recayese en manos firmes, y más importante aún era para la tranquilidad de Roma que el nuevo papa heredara la espada de San Pablo que las llaves de San Pedro.

De modo que el carácter dominante en las fiestas que se dieron con este motivo, fué más bien guerrero que religioso, y más parecía corresponder al nombramiento de un joven conquistador que a la exaltación de un pontífice anciano; por doquiera aparecieron inscripciones proféticas sobre el nombre de Alejandro, que, por segunda vez, parecía prometer a los romanos el imperio del mundo; y aquella misma noche, en medio de las ardientes iluminaciones y de los juegos de artificio, que parecían convertir a la ciudad en un lago de llamas, se leyó, entre las aclamaciones del populacho, esta inscripción:

En los tiempos de César, Roma, victoriosa,
de su casa soberana fué, y doquiera dominó;
más hará Alejandro para verla gloriosa;
César no era más que un hombre, pero Alejandro es Dios

En cuanto al nuevo papa, una vez llenadas las formalidades de etiqueta que le imponía su exaltación, y cuando hubo pagado a cada uno el precio de su simonía, desde lo alto del Vaticano extendió su mirada sobre Europa,

vasto tablero político, que tenía la esperanza de dirigir al gusto de su genio.

El mundo se hallaba en una de esas épocas supremas en que todo se transforma, entre un período que termina y una era que comienza: Al Oriente, Turquía, al Sur, España, en el Occidente, Francia, en el Norte, Alemania, iban a adquirir, con el título de grandes naciones, la influencia que andando el tiempo debían ejercer sobre los Estados secundarios.

Acompañemos con la mirada a Alejandro, y veamos cuál era su situación respectiva en lo que se refiere a Italia, país por todas codiciado.

Constantino Paleólogo, llamado *Dragoses*, sitiado por trescientos mil turcos, después de llamar en vano a toda la cristiandad en su socorro, y no habiendo querido sobrevivir a la pérdida de su Imperio, fué encontrado en medio de los muertos, cerca de la puerta Tofana, y el 30 de mayo de 1453, Mahomed II entraba en Constantinopla, donde, después de un reinado que le valió el sobrenombre de *Fatila*, o *el Vencedor*, murió dejando dos hijos, el mayor de los cuales, bajo el nombre de Bayaceto II, fué el que subió al trono.

Sin embargo, el advenimiento del nuevo sultán no se había realizado con la tranquilidad que su derecho de primogenitura y la elección de su padre debían prometerle. Zizimo, su hermano mayor, conocido también con el nombre de Gien, había alegado que él era *porfirogénito*, es decir, nacido durante el reinado de su padre, mientras que Bayaceto, anterior a esa época, no era sino el hijo de un simple particular. Era una mala sutileza legal; pero, en donde la fuerza lo puede todo y el derecho nada, era lo suficiente para levantar una guerra. Los dos hermanos, al frente cada uno de sus respectivos ejércitos, se encontraron, pues, en Asia el año 1482; Gien fué derrotado después de un combate que duró siete horas, y, perseguido por su hermano, que ni siquiera le dió tiempo para rehacer su ejército, se vió obligado a embarcarse en Cilicia, y se refugió en Rodas, implorando la protección de los caballeros de San Juan; pero, no atreviéndose éstos a darle asilo en su isla, tan próxima al Asia, lo enviaron a Francia, en donde lo hicieron guardar con cuidado en una de sus encomiendas, a pesar de las instancias de Caitbai, soldán

de Egipto, el cual, habiéndose rebelado contra Bayaceto, deseaba que el joven príncipe formase parte de su ejército, para de este modo dar a su rebelión una apariencia de guerra legítima. Además, idéntica petición hicieron sucesivamente y con el mismo fin político Matías Corvino, rey de Hungría, Fernando, rey de Aragón y de Sicilia, y Fernando, rey de Nápoles.

Por su parte, Bayaceto, que sabía toda la importancia de semejante rival, en el caso de que llegase a ser alguna vez el aliado de cualquiera de los príncipes con quienes estaba en guerra, había enviado embajadores a Carlos VIII ofreciéndole, si se comprometía a retener a Gien junto a él, una considerable pensión y la posesión de la Tierra Santa, tan pronto se conquistase a Jerusalén de manos del soldán de Egipto. El rey de Francia había aceptado.

Mas, entonces, Inocencio VIII intervino, a su vez, reclamando la persona del joven príncipe, en apariencia para apoyar en los derechos del proscrito una cruzada que predicaba contra los turcos, pero sin otra mira que la de cobrar la pensión de cuarenta mil ducados prometida por Bayaceto II al príncipe cristiano que se encargara de ser el carcelero de su hermano. Carlos VIII no se atrevió a negar al jefe espiritual de la cristiandad una petición apoyada en tan santas razones, de modo que Gien, el infeliz joven, punto de mira de tantos intereses diversos, salió de Francia, acompañado por el gran maestre d'Aubusson, bajo cuya custodia directa estaba, y que, mediante un capelo de cardenal, había consentido en ceder su prisionero, haciendo su entrada solemne en Roma el día 13 de mayo de 1489, caballero en un gran soberbio alazán y revestido con un magnífico traje de Oriente, entre el prior de Auvernia, sobrino del gran maestre d'Aubusson, y Francisco Cibo, hijo del papa.

Desde esa época, allí había quedado, y Bayaceto, fiel a su promesa, había pagado con exactitud al soberano pontífice la pensión de cuarenta mil ducados.

Esto, en lo que a Turquía se refiere.

España estaba regida por Fernando e Isabel y echaba los cimientos de aquella vasta potencia, que, veinticinco años más tarde, hizo exclamar a Carlos V que el sol no se ponía en sus Estados. En efecto, esos dos soberanos conocidos en la historia con el nombre de *Católicos*, habían

conquistado sucesivamente casi toda España y logrado arrojar a los moros de Granada, su último baluarte, en tanto que dos hombres de genio, Bartolomé Díaz y Cristóbal Colón, en provecho de dichos reyes, acababan de encontrar el uno un mundo perdido y el otro un mundo ignorado. Gracias, pues, a sus victorias y a sus descubrimientos en el Nuevo Mundo, los Reyes Católicos adquirieron una influencia en la corte de Roma como jamás gozaron sus predecesores.

Esa era la situación de España.

En Francia, el día 30 de agosto de 1483 Carlos VIII había sucedido en el trono a su padre Luis XI, el cual, a fuerza de ejecuciones, le había preparado un reino tranquilo y tal como convenía a un niño que entraba a reinar bajo la regencia de una mujer, regencia gloriosa, pues contuvo las pretensiones de los príncipes de la sangre y terminó las guerras civiles, incorporando a la corona todo cuanto restaba aún de grandes feudos independientes. De modo que, en esa época, Carlos VIII, de unos veintidós años de edad, era, si hemos de creer a La Trémouille, un príncipe pequeño de cuerpo y grande de corazón; si prestamos fe a Commynes, un pichón apenas salido de su nido, desprovisto de discernimiento y de prudencia, de cuerpo débil, engreído de su voluntad y rodeado más bien de locos que de gentes de peso; y finalmente, si escuchamos a Guicciardini, que, en su calidad de italiano, bien podía haber emitido un juicio algo parcial, un joven conocedor de las acciones humanas, y deseoso de reinar y de adquirir gloria, deseo fundado más bien en su ligereza e impetuosidad que en la conciencia de su genio; enemigo de fatigas, cuando intentaba dedicar su atención a algún asunto serio, casi siempre se mostraba desprovisto de prudencia y de buen juicio. Si algo en él parecía digno de alabanza, al primer golpe de vista, al observarlo de cerca, se veía que ese algo estaba más cerca del vicio que de la virtud. Verdad es que era liberal, pero inconsideradamente, sin medida y sin distinción. Algunas veces su voluntad era incommovible, pero por obstinación y no por constancia, y en cuanto a lo que sus aduladores llamaban en él bondad, más bien convenía el nombre de insensibilidad a las injurias, o de debilidad de ánimo.

En cuanto a su retrato físico, de atenernos a lo que

el mismo Guicciardini dice, era menos ventajoso aún, y respondía maravillosamente a esta debilidad de espíritu y de carácter. Era pequeño, de cabeza voluminosa, cuello corto y grueso, el pecho y los hombros amplios y levantados, las piernas largas y delgadas, lo mismo que los muslos; y como al mismo tiempo su rostro no era hermoso, salvo la mirada, que tenía dignidad y vigor, y sus miembros eran desproporcionados entre sí, más bien parecía un monstruo que un ser humano.

Tal era, a grandes rasgos, el hombre al que la veleidosa fortuna debía convertir en un conquistador, y al que el Cielo reservaba más gloria de la que podía soportar.

Esto por lo que respecta a Francia.

El Imperio lo ocupaba Federico III, al que acertadamente habían apellidado *el Pacífico*, no porque mantuviese siempre la paz, sino porque, siempre derrotado, se veía obligado constantemente a hacerla. La primera prueba que dió de esa longanimidad absolutamente filosófica fué en su viaje a Roma, adonde se encaminaba para ser consagrado. Al cruzar los Apeninos unos bandoleros le atacaron dejándole completamente despojado, a pesar de lo cual ninguna persecución intentó contra ellos. Así, pues, envalentonados por el ejemplo y la impunidad de los ladrones de baja estofa, los grandes no tardaron en ponerse en acción. Amurates se apoderó de una parte de Hungría; Matías Corvino tomó la Baja Austria, y Federico se consoló de esas invasiones repitiendo esta máxima: *El olvido es el remedio de las cosas que uno ha perdido*. En la época a que hemos llegado, Federico, después de cincuenta y tres años de reinado, acababa de concertar el matrimonio de su hijo Maximiliano con María de Borgoña, y desterrar del Imperio a su yerno Alberto de Baviera, que pretendía la propiedad del Tirol. Los asuntos de familia lo tenían demasiado ocupado para poder inquietarse por lo que sucedía en Italia. Por otra parte, andaba en busca de una divisa para la casa de Austria, ocupación de las más importantes para un hombre de un carácter como el suyo. Por fin, esa divisa, que casi debía realizar Carlos V, se encontró, con gran contento del anciano emperador, el cual, juzgando que ya nada le quedaba por hacer en la tierra después de esta última prueba de sagacidad, murió